

## III

La primera obra romanesca que se halla en esta última época, es decir, después del Imperio, es *El Cerro de las Campanas*, de D. Juan A. Mateos, joven literato ya muy conocido como poeta lírico y como poeta dramático, y que ocupa un lugar ventajoso en el mundo de las bellas letras.

No vamos á hacer aquí el análisis de sus obras, que son ya numerosas; ésta es tarea que emprenderemos más tarde y en nuestras revistas posteriores, cuando hagamos estudios sobre nuestros poetas nacionales.

Hoy sólo mencionaremos su novela que acaba de terminarse y que ha sido muy bien recibida por el público, al grado de sobrepasar el número de suscritores á lo que había esperado el autor, que se ha visto obligado á hacer segunda edición de sus primeras entregas. Esto ha sido un acontecimiento en nuestra literatura, porque se ve bien claro que comienza á ser protegida de una manera eficaz, y que el talento no tiene ya por toda expectativa la indignencia y el olvido. La avidez de lectura que hay ya en el pueblo, va á ser satisfecha con obras nacionales, y

la protección dejará de otorgarse exclusivamente á las novelas españolas ó francesas. Mateos ha abierto este camino, y su buena suerte en él va á servir de estímulo á muchos. De todos modos, él tiene el mérito de haberse arriesgado á atravesar un mar desconocido, en el que pilotos menos felices habían acabado por naufragar.

*El Cerro de las Campanas* es una novela histórica y de actualidad. Ella ha venido á satisfacer un deseo general expresado con impaciencia. Una guerra tremenda acaba de pasar. El país ha sido agitado por una serie de acontecimientos, cuya grandeza puede medirse por la atención profunda con que los pueblos todos de la tierra han seguido su marcha, haciéndoles apreciar debidamente el carácter de Méjico, antes tan desconocido ó desfigurado.

Pues bien: estos acontecimientos grandiosos y terribles, *en los que la catástrofe ha sido decisiva y ruidosa, y en los que todo ha marchado como en un drama antiguo, hacia un fin sangriento y hacia un desenlace bastante memorable para servir de eterna lección á la historia*, como dice Prevost-Paradol en su prefacio á la obra de Mr. Keratry sobre "Maximiliano," no han sido recogidos todavía ni consignados de una manera que satisfaga las exigencias de la curiosidad pú-

blica. Publicaciones históricas, informes ó mutiladas, son las únicas que han podido hacerse dominando siempre en ellas el espíritu oficial, ya sea de nuestra parte ó ya de la parte de los enemigos de Méjico. Una historia filosófica falta, y quizás no es el tiempo de hacerla todavía; lo único que en semejantes circunstancias suele suplir la falta de la historia, á saber, la crónica, también ha sido descuidado, y las narraciones personales, juntamente con algunas tiras de periódicos que recogen los curiosos, es lo único que puede dar una idea imperfecta de esta guerra de Méjico, tan notable por sus causas, tan interesante por sus peripecias y tan asombrosa por su término.

El pueblo tenía necesidad de una lectura cualquiera, en que se hubiesen compaginado los hechos memorables que acaban de tener lugar; el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República, quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus intortunios.

Mateos resolvió proveer á esta necesidad por medio de una lectura romanesca, en que á la fábula de su invención estuviesen mezclados los relatos de los principales acontecimientos del drama mejicano. No creyó hacer la historia, sino formar un bosquejo; no fué su intención di-

rigirse á los pensadores que recogen datos para escribir la historia del mundo, sino dirigirse á las masas del pueblo para coordinar sus recuerdos y sus indagaciones; de modo que su obra no tiene pretensiones de ninguna clase; es una lectura popular y nada más. El amor allí es casi un episodio; es la cadena que une las fechas históricas, es el camino de flores ó de espinas que va conduciendo, con rectitud á veces y á veces tortuosamente, á todos los lugares consagrados por la gloria ó por la desgracia, y que comienza en Méjico en 1863 y concluye en Querétaro en 1867.

*El Cerro de las Campanas* es el título de esta novela, y él por sí solo significa el pensamiento del autor. Quizás en la narración haya vacíos, quizás la unidad de la trama romanesca no se haya prestado á abrazarlos todos. La historia de nuestra guerra nacional no es cosa que se pueda encerrar en un libro como éste. Muchos se necesitan para completarla, y pasarán largos años antes de que pueda decirse *nada falta*. Pero *El Cerro de las Campanas* es la sinopsis, es el embrión, es el bosquejo; y el pueblo tiene ya donde buscar una efeméride, donde encontrar un retrato, donde justificar un recuerdo; y el extranjero que ignore nuestras cosas, podrá formarse idea de ellas por esa narración, en que se

ha unido á un estilo dramático y pintoresco, un fondo de patriotismo exaltado.

No hablaremos de su estilo, de su trama ni de su desenlace, porque apenas hay quien no conozca la novela de Mateos, que ha entrado lo mismo al estudio del literato que al humilde cuarto del menestral. Sólo diremos que ha sido universalmente bien acogida y que ha producido á su autor regular recompensa. Gracias á Dios que los afanes del literato ya no recogen en este país sólo el olvido y el menosprecio por premio de sus tareas. Mateos, animado por este buen éxito, continúa en sus trabajos y va á publicar otra novela de actualidad, histórica también y de la que hablaremos en nuestra próxima revista, cuando la hayamos leído ya.

Apenas comenzado á publicar *El Cerro de las Campanas*, el general Riva Palacio anunció y publicó también una novela histórica, con el título de *Calvario y Tabor*, en la primer página de la cual escribimos nosotros algunas líneas pálidas para expresar el pensamiento del autor, pero en que hacíamos una indicación sobre su objeto. El general Riva Palacio, ventajosamente conocido también como poeta lírico, como poeta dramático, y como jurisconsulto, agrega á estas circunstancias la muy atendible de haber sido uno de nuestros héroes más ilustres,

uno de nuestros caudillos más ameritados en la guerra que acaba de pasar, y cuyas aventuras militares se prestan, como pocas, á la composición romanesca, coincidiendo en esto con su abuelo, el inmortal general Guerrero, cuyo nombre es conocido ya en todo el mundo por sus proezas y su grandeza de alma en la primera guerra de independencia.

El caudillo popular y querido, retirado al hogar doméstico después de la azarosa campaña en que no ha descansado, quiso glorificar al humilde y buen soldado del pueblo que le había acompañado tanto tiempo, y recoger en una leyenda las gloriosas páginas de sus recuerdos de guerra, para satisfacer los deseos de un corazón agradecido y para eternizar tantas gloriosas hazañas que sin él corrían peligro de olvidarse pronto, privando á la historia nacional de tantos motivos de legítimo orgullo.

*Calvario y Tabor* es la historia de la guerra en el centro de la República; es la epopeya de esos hombres titánicos, que se mantuvieron á las puertas de la capital del Imperio sin alejarse nunca, sin desmayar ni doblegarse, haciendo frente al ejército francés; rodeados de enemigos, defendiendo la bandera nacional aislados y sin esperanzas, pero con la sublime fe del pa-

triotismo qua ve en la desventura la grandeza y en el patíbulo la victoria.

Grupo de soldados hambrientos, desnudos, abandonados, cuya cabeza estaba puesta á precio, que no podían ni reclinarla tranquilamente sino que estaban obligados á hacer del insomnio el guardián de su existencia amenazada; viviendo en los bosques y en las serranías armándose y equipándose con los despojos de sus enemigos, combatiendo sin cesar para poder vivir: hé aquí lo que fué ese ejército del centro, cuya epopeya es la poética leyenda de Riva Palacio.

Esta obra se recomienda por más de una cualidad. Fluidez de estilo, en que se une á la elegancia la sencillez; verdad en las descripciones de lugares desconocidos en la República, como los de la costa del Sur y la tierra caliente de Michoacán; escenas patéticas y terribles, como el envenenamiento de toda una división; exquisita ternura en sus episodios de amor, fraseología llena de sentimientos en sus galanes y en sus niñas enamoradas; todo esto hace de *Calvario y Tubor* una novela encantadora.

También Riva Palacio ha sido saludado con entusiasmo por el público cuando le ha visto pisar el campo de la invención novelesca. Natural era que la obra de un hombre tan conoci-

do y tan querido del pueblo fuese recibida con aplauso. Las suscripciones fueron numerosas, y la utilidad que obtuvo fué igual á la que obtuvo Mateos. Lo mismo que éste, Riva Palacio publica ya otra novela histórica que también analizaremos después, intitulada: *Monja y casada, virgen y mártir*, cuyo argumento está sacado de los archivos de la Inquisición de Méjico. El público corre á suscribirse, y la leyenda mejicana sustituye en el amor de nuestros compatriotas á la novela de Fernández y González, y á la hasta aquí mimada, novela francesa.

*Una rosa y un harapo*, es una novela original de un joven también original, D. José María Ramírez, ya conocido, lo mismo que los anteriores, por sus composiciones poéticas y por otras novelas que ha publicado en la época anterior la casa de Rosa y Bouret de París.

José María Ramírez comenzó á formar su reputación desde que era estudiante, en el colegio de San Ildefonso, y todos sus jóvenes amigos le dieron el apodo cariñoso de *Viejo*, quizás á causa de su circunspección precoz, ó de su aspecto, que no revela juventud. El caso es que con todo este aspecto y esta seriedad, Ramírez empezó á escribir versos eróticos llenos de ternura y de vehemencia, y leyendas sentimentales, erizadas de pensamientos filosóficos

y nuevos. La atención pública se empezó á fijar en ese joven pálido, encorvado y nervioso que veía pasar con su libro debajo del brazo, componiéndose á cada minuto los anteojos, y sumido siempre en profundas distracciones. En esta cabeza despeinada, en ese semblante de anacoreta antiguo, en esa mirada vaga, se adivinan las chispas del talento, porque en efecto, Ramírez lo tiene, y sólo una negligencia suma, que es como el fondo de su carácter, ha podido impedir que ascienda á una posición mejor, y se haya quedado retratando á Pedro Gringorius, el delicioso tipo dibujado por Víctor Hugo.

Ramírez lee todo con avidez y tiene un gran caudal de instrucción; pero sus estudios son raros, y en ellos tiene, como todos los hombres, sus predilecciones y sus singularidades. El autor á quien más quiere, estamos seguros, es á Alfonso Karr. La manera nueva de decir de este novelista le encanta, su independencia de carácter le sirve de modelo, su estilo lleno de color, nervioso y elevado á veces y á veces familiar, ha acabado por saturar, digámoslo así, el de nuestro novelista. Aquellas ideas de Karr que á veces alumbran el mundo con la dorada luz del sol naciente, y á veces con la azulada luz del relámpago en una noche oscura; que tienen, ora la profundidad de la ciencia, ora el

candor simple del niño; que enternecen con un gemido de amor ó espantan como una blasfemia; la seducen, la han hecho detenerse al bordo de los abismos de la meditación; y también él, á su vez, ha encontrado en ellos un manantial de líneas nuevas. Como Karr es un excéntrico y no parece sino que escribe, en ocasiones, sentado en el umbral de un hospital de locos, nuestro Ramírez, que ha formado su imaginación en sus leyendas y que tiene por sus estudios la misma escuela literaria que ese Hoffman francés, ha acabado por producir obras que tienen una forma extraña, pero que dejan adivinar un fondo luminoso y magnífico. Ramírez diserta á cada paso y en un estilo burlón y sentimental que da ligereza á la frase; pero su obra está erizada de epigramas amargas y de burlas deliciosas, conteniendo no pocas verdades de una novedad sorprendente. Sólo en algunos puntos la vida personal de Ramírez no se parece á su modelo. Nuestro novelista no es botánico, ni ama el mar, ni busca las soledades de los bosques ó la sombra de los parques, ni sabe nadar, ni se va á hacer observaciones zoológicas en una cabaña azotada por el Océano, ni es capaz de trepar por los mástiles de un buque y de sentarse en las gavias á fumar su pipa, como Alfonso Karr, que se ha hecho notable

por estas singularidades, y que hace poco estaba entretenido haciendo títeres en Saint Raphaël. No: Ramírez es esencialmente *urbano*, ama las flores, pero se contenta con admirarlas en los tiestos de las casas de Méjico. También es verdad que no tiene un rincón donde hacerse un pabellón de madreselvas, ó un dosel de zarzurosas, ó un nido de violetas. Ramírez no ha visto el mar, y se ahogaría en la alberca Pane; menos tiene disposición para mastelero ó gaviero, porque es débil y miope. Pero él suple todo esto en su imaginación, y si no puede disertar sobre flores ó conchas, sí puede hacerlo admirablemente sobre historia, filosofía y literatura, sorprendiendo verdaderamente con sus deducciones llenas de originalidad.

Tal es el carácter del *viejo* Ramírez, á cuya pintura agregaremos un natural dulce y bondadoso, una humildad excesiva y un corazón maltratado por desventurados amores.

Nosotros le invitamos á que concluya su novela, que ha dejado interrumpida no sabemos por qué, y á que continúe sus publicaciones, si quiere tener una casita en San Cosme con su jardincito fresco, con su surtidor de mármol, su colina de violetas, sus naranjos puestos en grandes barriles verdes, su banco de junco cubierto con un dosel de verdura, y si quiere ver trepar

por los rojos muros hasta su ventana de estudiante, en tropel las yedras y las madreselvas. Hasta puede tener un bosque de fresnos ó de chopos para hacer de cuenta que escribe *unter den Linden*, como Karr, y hasta puede meterse en la diligencia y marcharse á meditar á orillas del Pacífico, estudiando la inmensa familia de moluscos; en las playas de Mazatlán ó entre los morros de Manzanillo. De todas maneras, él debe trabajar y publicar. Alfonso Karr reúne á sus excentricidades la vulgaridad de tener dinero, y esta circunstancia hace que las otras tengan mayor brillo.

La pobreza de José María Ramírez nos hace mal, más que la nuestra, y nos creemos con derecho, con el derecho que da la amistad antigua, á hacerle salir de ese marasmo en que le arroja un desaliento sin motivo, y que le tiene convertido en crisálida, cuando podía ya, brillante mariposa, volar atrevida por los jardines del mundo é ir libando las flores del bienestar.

Con el mismo derecho le aconsejaríamos que ya que tiene tan bellos pensamientos, introdujera un pequeño cambio en la forma de su estilo y le hiciese más mundano, más sencillo, para ponerlo al alcance de todo el mundo. Así como lo usa es muy francés, y además, muy refinado; delicioso, si se quiere, pero delicioso para un cír-

culo pequeño. Nuestro público no está todavía á la altura literaria que se necesita para gustar de esa fraseología. Es preciso acostumbrarlo poco á poco, y desleírle la saludable medicina en una poción más nacional, más mejicana. Esta no es una censura, es un consejo en favor de nuestro pueblo, porque querríamos que hasta él llegasen los fulgores del talento de Ramírez. En *Una rosa y un harapo* hay páginas que exigen una instrucción adelantada en los lectores, y no pueden ser comprendidas sino de aquellos que están al nivel del autor. Nosotros que querríamos que toda novela fuese leyenda popular porque medimos su utilidad por su trascendencia en la instrucción de las masas, deseamos que nuestros jóvenes autores no pierdan de vista que escriben para un pueblo que comienza á ilustrarse; y si reprobáramos que se descendiese, hablándole al estilo chavacano y bajo, no nos parecería tampoco á propósito el que á fuerza de refinamiento llegase á ser oscuro para la inteligencia popular. Dejemos el tecnicismo y la elevación hasta perderse en las nubes, para el escrito científico, para la historia filosófica, para los círculos superiores de la sociedad, y adoptemos para la leyenda romanesca la manera de decir elegante, pero sencilla, poética, deslumbradora, si se necesita; pero fácil de com-

prenderse por todos, y particularmente por el bello sexo, que es el que más lee y al que debe dirigirse con especialidad, porque es su género. De esta manera y poco á poco iremos introduciendo el gusto por estas lecturas, y ayudados de la enseñanza popular y del espíritu progresista de nuestra época, podremos ir ascendiendo en el estilo hasta hacer que el más alto llegue á ser el vulgo, como en Alemania, ó al menos comprendido por un círculo muy grande de personas, como en Francia é Inglaterra. En estas naciones ya viejas y experimentadas, y que en educación nos aventajan siglos, así se empezó; de modo que si sus producciones nos asombran por su refinamiento, es que su pueblo tiene mayor edad. Los que deseamos hacer de la literatura un medio de propaganda, debemos imitar aquellos modelos, y particularmente uno que es digno de estudio por la habilidad que ha desplegado en la difusión de sus principios. Queremos hablar de la Iglesia.

La Iglesia propaga sus doctrinas diestramente. Sus misioneros aprenden las lenguas de los pueblos gentiles que pretenden convertir; procuran iniciarse en los misterios de la vida de estos pueblos, en su poesía, en sus costumbres, conocer y manejar los resortes de la imaginación; y una vez instruidos, comienzan la predi-

cación, como la comenzó el fundador del cristianismo, con un lenguaje sencillo, valiéndose de figuras familiares, de parábolas y de frases que en la elocuencia popular son todo el secreto del éxito. Así se hacen entender hasta de los salvajes, entre cuyas tribus pudieron penetrar perfectamente los misioneros españoles del tiempo de la conquista.

Después sus predicaciones van siendo progresivamente más cultas, desde el sermón y la práctica doctrinal de la aldea, hasta el discurso brillante en que resplandecen los talentos de los Bossuet, de los Massillon y de los Lacordaire. En sus libros proceden de la misma manera. A millares esparcen sus pequeños catecismos, sus pequeñas lecturas religiosas que pueden ser comprendidas de todo el mundo, y después consagran sus tareas á obras más graves destinadas á los iniciados de mayor instrucción, hasta que acaban por hacer su último esfuerzo en los libros de controversia, en los eruditos comentarios de las Escrituras, en el dédalo misterioso de las elucubraciones teológicas ó en la complicada explicación de sus cánones. Así estos libros pertenecen á un círculo escogido de inteligentes, y sólo se abren en el gabinete del estudioso ó en la cátedra de la Universidad. ¿Por qué no hacer nosotros lo mismo con la

leyenda y con toda especie de lectura destinada al pueblo? Nuestra novela comienza; démosle, pues, la forma más adaptable por ahora á nuestra instrucción. Después vendrá la época de mejorarla. Aun para nuestra clase media, la novela, si bien puede tomar la forma elegante que la instrucción de aquella exige, debe conservar un estilo que sea sencillo, porque desgraciadamente tampoco en esa clase, que es sin embargo la más ilustrada de nuestra sociedad, hay un gran fondo de instrucción y de criterio.

Es verdad que la novela francesa traducida es familiar á nuestra clase media; pero no podemos asegurar que le haya sido útil enteramente, ni que haya sido comprendida á veces. La novela francesa ha introducido ciertos giros franceses en la conversación y aun en el modo de escribir, tanto en España como en las Américas españolas, contra cuyo vicio han estado clamando allá en la península muchos críticos, y con justicia, pues si no debemos ser tan rigoristas que deseemos conservar el idioma estacionario y cerrar sus puertas á todas las locuciones que puedan enriquecerle, aunque vengan de extrañas lenguas, sí debemos velar porque se mantenga incorruptible su carácter, es decir, por que no degenera nuestra hermosa lengua nacional en un dialecto de las lenguas extran-



jeras, como degeneró el hermoso latín de Salustio y de Cicerón en la jerga de los bárbaros de la Edad Media, ó como el griego de Platón y de Sófocles, en el dialecto de los griegos actuales: y si es verdad que esta corrupción dió nacimiento á casi todas las lenguas modernas, también es cierto que habiendo ellas llegado á un grado de perfeccionamiento, con su carácter propio, deben considerarse ya como lenguas nacionales y su fusión es inútil, no debiendo tomarse mutuamente sino aquellas palabras que las enriquezcan.

El segundo inconveniente que la lectura de la novela extranjera, y francesa en particular, ha traído á nuestro pueblo, es el de hacerle tomar tal gusto por la historia y geografía de otros países, que ha acabado por desdeñar las de su patria. En nuestra clase media se conoce á Francisco I, á Luis XIII, á Luis XIV y á Luis XV muy bien; ahora con Fernández y González se conoce también al rey D. Pedro el Cruel, á D. Juan II de Castilla, á D. Felipe IV, etc., etc.; pero poco se sabe de Moctezuma y de Guautimotzin; y si no es por la Avellaneda, que ha escrito una preciosa novelita del último imperio azteca, se sabría menos. De los virreyes no se sabe nada tampoco, sino por una que otra oscura tradición, y á nuestros héroes de la

Independencia ni se les conoce siquiera, á no ser por los discursos de los días de Septiembre que aluden á ellos, pero que no pueden pintarlos como esa narración anecdótica y palpitante que es la que mejor se graba en la imaginación del pueblo.

Verdad es que en esto tiene toda la culpa la negligencia de nuestros escritores, que han debido dar alimento, desde hace tiempo, á la curiosidad pública con leyendas nacionales. Hoy tienen que luchar con el gusto arraigado por lo extranjero, hoy tienen que sufrir con paciencia el gesto de la bella ignorante que aparta el libro de las manos luego que ve escrito *la Alameda ó el paseo de Bucareli*, en vez del *boulevard des Italiens* ó del *bois de Boulogne*, que está acostumbrada á ver en sus novelas francesas. Maldito lo que conoce de la posición geográfica de *Tours* ó de *Blois*; pero ella ha visto sus castillos, y no le gusta ya sino lo que pasa en ellos, aunque sea una historia descabellada. Por otra parte, da su preferencia al enredo, á la intriga, á los golpes teatrales, aunque sean inverosímiles; la deleitan solamente los amores de las duquesas, de las condesas, de las reinas y de los barones. El amor de una muchacha del pueblo no puede tener poesía para ella; el amor de una joven de nuestra aristocracia, no puede igualar

al de una marquesa de Francia ó de España; ella no comprende que el novelista es quien poetiza todo, y cuya imaginación da encanto á lo que en la vida real tal vez sería prosaico sin su talento. Ella no concibe cómo pueda hacerse una novela deliciosa de Méjico, y mientras que algunos extranjeros hacen su fortuna y su reputación con los cuadros de nuestro país, logrando que las hermosas parisienses, y las inglesas y las americanas se extasien con las descripciones de nuestro cielo azul, de nuestras montañas, de nuestras praderas y de nuestros mares; mientras que el tipo de nuestras mujeres lánguidas y ardientes, de ojos y cabellos negros, es el sueño de los poetas y de los pintores en Europa, aquí esas mismas mujeres encuentran fastidiosos sus retratos y pálido el cuadro de nuestra virgen naturaleza. Ni basta á convencerlas el pensar que si las francesas ó inglesas hubiesen tenido igual preocupación, no habrían tenido jamás éxito las novelas de Dumas, de Süe y de Balzac en Francia, ni las de Walter Scott y de Dickens en la Gran Bretaña, porque eran cuadros nacionales.

Este mal es antiguo y digno de llamar la atención de nuestros jóvenes escritores, para que procuren acabar con él á fuerza de ingenio. Ya él fué causa de que los dramas de Fernando

Calderón, muy bellos por cierto, fuesen preferidos á los de Rodríguez Galván, que eran, en nuestro concepto, mejores. Calderón, con su feliz imaginación y con su sentimentalismo, pudo haber ayudado al segundo á crear el teatro nacional; y no que fué á emplear sus dotes en resucitar asuntos caballerescos de la Edad Media, que ninguna utilidad podían traer, sino un fútil entretenimiento y un extravío de gusto, ó bien fué á buscar en la historia de Inglaterra un episodio, que mejor inspirados habían ya trasladado al teatro algunos poetas europeos.

Afortunadamente notamos que á la aparición de las novelas que acabamos de mencionar, se despierta el gusto por nuestra leyenda de Méjico, y el público comprende al fin que puede haber poesía en sus costumbres, y grandeza romanesca en sus sentimientos. En esta parte, justo es decirlo, las clases pobres se han anticipado á las otras, y el pueblo, con ese instinto de lo bello con que adivina á los grandes tribunos y á los grandes poetas, ha consagrado ya la novela nacional dándole buena acogida.

La clase media y la clase alta vendrán después, cuando se escriba para ellas y cuando no se les hiera en ciertas susceptibilidades, en que están todavía muy delicadas á consecuencia de nuestras pasadas guerras.